CAPITULO V.

¿CUALES SON LOS ELEMENTOS REALES Y ESEN-CIALES DE LA SOCIEDAD EN FRANCIA?

El primer paso que hay que dar para salir de ese cáos en que nos perdemos, es el reconocer y aceptar francamente todos los elementos reales y esenciales de la sociedad tal como se halla organizada hoy en Francia.

Si permanecemos y caemos sin cesar en el cáos, es porque desconocemos esos elementos ó porque les rehusamos lo que se les debe.

Se puede torturar una sociedad, y hasta destruirla, pero no se la puede organizar ni hacerla vivir contra lo que es realmente, no teniendo en cuenta los hechos esenciales que la constituyen ó violentándolos.

Primeramente miro el órden cívil, que es lo que forma la base de la sociedad francesa como de toda sociedad.

La familia; la propiedad de todos jenero, tierra, capital ó salario; el trabajo bajo todas sus formas, individual ó colectivo, intelectual ó manual; las situaciones que la familia, la propiedad y el trabajo forman á los hombres, y las relaciones que entre ellos introducen: esto es la sociedad civil.

El hecho esencial y característico de la sociedad civil en Francia, es la unidad de leyes y la igualdad de derechos.

Todas las familias, todas las propiedades, to-

dos los trabajos estan rejidos por las mismas leyes y poseen ó confieren los mismos derechos civiles.

Nada de privilejios, es decir, nada de derechos ni de leyes particulares para estas ó las otras familias, para estas ó las otras propiedades; para tales ó tales trabajos.

Este es un hecho inmenso en la historia de las sociedades humanas.

Sin embargo, en medio de este hecho, en el seno de esta unidad y de esa igualdad civil, existen evidentemente diversidades y desigualdades numerosas y considerables, que la igualdad de las leyes y la igualdad de derechos civiles no previenen ni destruyen.

En la propiedad, territorial ó mueble, tierra ó capital, hay ricos y pobres; hay la grande propiedad, la mediana, y la pequeña.

Que los grandes propietarios sean menos numerosos y menos ricos, que los medianos y pequeños propietarios sean mas numerosos y mas fuertes que en otro tiempo, no impide que la diferencia sea real y bastante grande para crear en el órden civil situaciones sociales profundamente diversas y desiguales.

De las situaciones fundadas sobre la propiedad paso á las que se fundan en el trabajo, en toda clase de trabajo, desde el intelectual y mas elevado hasta el manual y mas vulgar. En ellas encuentro tambien el mismo hecho: en ellas la diversidad y desigualdad nacen y se mantienen tambien en el seno de las leyes idénticas y de los derechos iguales. En las profesiones llamadas liberales y que viven de la inteligencia y de la ciencia, entre los abogados, los médicos, los hombres científicos y los letrados de toda clase, unos se elevan al primer rango, se atraen los negocios y los triunfos; adquieren fama, riqueza é influencia; otros satisfacen laboriosamente las necesidades de su familia y el decoro de su posicion; y otros muchos vegetan oscuramente en un malestar ocioso.

Hay un hecho digno tambien de observacion. Desde que todas las profesiones son igualmente accesibles á todos, desde que el trabajo es libre y regido para todos por las mismas leyes, no se ha aumentado de un modo notable el número de los hombres que, en las profesiones liberales, se elevan al primer rango. No parece que haya hoy mas jurisconsultos distinguidos, mas médicos afamados, mas sábios y letrados de primer órden, que en otro tiempo; las que se han multiplicado son las existencias de segundo órden y la multitud oscura; como si la Providencia no permitiese á las leyes humanas influir, en el órden intelectual, sobre la estension y la magnificencia de sus dones.

En las otras profesiones, en aquellas en que el trabajo es especialmente manual y material, hay tambien situaciones diversas y desiguales. Unos, por su inteligencia y buena conducta, se crean un capital y entran en la vía de bienandanza y de progreso; otros, de escasa inteligencia, perezosos ó desarreglados, permanecen en la

selemni zedbronio se

condicion estrecha y precaria de las existências feudales únicamente sobre el trabajo.

Así, en toda la estension de nuestra sociedad civil, en el seno del trabajo como en el de la propiedad, las diversidades y la designaldad de las instituciones se producen ó se mantienen, y coexisten con la unidad de las leyes y la igualdad de los derechos.

¿Cómo podria suceder de otro modo? Examínense todas las sociedades humanas de todos los paises y tiempos, y á través de la variedad de su organizacion, de su gobierno, de su estension, de su duracion y de los géneros y grados de su civilizacion, se hallarán en todas tres tipos de situacion social, siempre los mismos en el fondo, aunque bajo formas muy diversas, y distribuídas diversamente. Hombres viviendo de la renta de sus propiedades, muebles ó inmuebles, fincas ó capitales, sin procurar aumentarlas por medio de su trabajo; hombres dedicados á esplotar ó acrecentar con su propio trabajo sus propiedades, muebles ó inmuebles, tierras ó capitales de todo género que poseen; y hombres que viven de su trabajo, sin tierras ni capitales.

Estas diversidades, estas designaldades en la situación de los hombres no son unos hechos accidentales ó especiales de tal ó tal tiempo, de este ó del otro pais, sino hechos universales que se producen naturalmente en toda sociedad humana, en medio de las circunstancias y bajo el imperio de las leyes mas diferentes.

Y cuanto mas de cerca se examinen, tanto ma-Ton. I. yor será la conviccion de que estos hechos se hallan en una íntima ligazon y en una profunda armonía, de una parte, con la naturaleza del hombre que nos toca conocer, y de la otra con los misterios de su destino que solamente nos es dado entrever.

Y no es esto solo: prescindiendo de esas diversidades, de esas desigualdades entre los individuos, sean propietarios ó trabajadores; existen otras diversidades y otras desigualdades entre los mismos géneros de propiedad y de trabajo: diferencias no menos reales, aunque menos aparentes, y que la unidad de las leyes y la igualdad de los derechos civiles no destruyen tampoco.

La propiedad mueble, el capital, ha tomado y sigue tomando en nuestras sociedades modernas una estension y una importancia que va siempre en aumento, y el progreso de la civilizacion que se hace en nuestros dias es evidentemente en provecho de su desarrollo: justa recompensa de los inmensos servicios que la propiedad mueble ha hecho con su desarrollo á la civilizacion.

No se contenta uno con esto: se ensayan, se hacen constantes esfuerzos para asimilar mas y mas la propiedad inmueble á la mueble, la tierra al capital; para hacer la una tan disponible, tan divisible, tan móvil y tan cómoda de poseer y esplotar como lo es realmente la otra. Todas las innovaciones directas ó indirectas que se proponen en el régimen de la propiedad territorial, tienen este obgeto patente ó implícito.

Sin embargo, en medio de este movimiento tan favorable á la propiedad mueble, no por eso la propiedad inmueble deja de ser en Francia, no solo la mas considerable, sino siempre la primera en el juicio y en el deseo del hombre. Los que la poseen se entregan cada vez mas á su goce, y los que no la poseen muestran cada vez mas ardor por adquirirla; los grandes propietarios toman gusto á vivir en sus haciendas; la clase média, cuando llega á un estado de comodidad, coloca en el campo su reposo; y los labradores no piensan mas que en agregar un campo al que tienen ya. Al mismo tiempo que la propiedad mueble se desarrolla con favor, la territorial es mas buscada y agradable que nunca.

Se puede predecir sin temor que si, como lo espero, el órden social triunfa de sus enemigos, insensatos ó perversos, los ataques de que hoy es objeto la propiedod territorial y los peligros con que se la amenaza, se han de convertir en provecho de su preponderancia en la sociedad.

¿De dónde nace esa preponderancia? ¿Toma su origen únicamente de que, entre todas las propiedades, la tierra es la mas segura y la menos variable, la que mejor resiste y sobrevive á las perturbaciones y miserias sociales?

Este motivo, el primero que se presenta al espíritu, es real y verdadero; pero está muy lejos de ser el único; pues hay aun otros motivos, instintos mas íntimos y cuyo imperio es grande sobre el hombre aun sin él percibirlo, que aseguran á la propiedad inmueble la preponderancia social, y se la hacen recobrar cuando está momentáneamente conmovida ó debilitada.

Entre estos instintos indicaré solamente dos, que son, á mi entender, los mas poderosos, y me limitaré á indicarlos, porque iria demasiado lejos si quisiese sondear su profundidad.

La propiedad mueble, el capital, puede dar al hombre la riqueza. La propiedad inmueble, la tierra, le da aun otra cosa mas; pues le da una parte en el dominio del mundo, y une su vida á la de toda la creacion. La riqueza mueble es un instrumento á disposicion del hombre, que se sirve de él para satisfacer sus necesidades, sus placeres y sus gustos: la propiedad territorial es el establecimiento del hombre en medio y encima de la naturaleza; ademas de sus necesidades, placeres y voluntad, satisface en el una multitud de inclinaciones diversas y profundas; crea para la familia la patria despótica, con todas las simpatías á ella inherentes en el presente, y con todas las prespectivas que abre para el porvenir.

Al mismo tiempo que corresponde así á la naturaleza del hombre mas completamente que ninguna otra propiedad, la territorial es tambien la que coloca su vida y su actividad en la situación mas moral, en la que le contiene con mas seguridad en un sentimiento justo de lo que él es y de lo que puede. En casi todas las otras profesiones, industriales, comerciales, científicas, el buen éxito depende ó parece depender únicamente del mismo hombre, de su habilidad, de se

modo de obrar, de su prevision y de su vigilancia. En la vida agrícola el hombre se halla incesantemente en presencia de Dios y de su poder, y mientras que en las otras profesiones son neces trias al buen éxito de su trabajo la habilidad, la prevision y la vigiiancia del hombre mismo, en quella son tan evidentemente insuficientes como necesarias; porque es Dios quien dispone de las estaciones, de la temperatura, del sol, de la lluvia, de todos esos fenómenos de la naturaleza que deciden de la suerte de los trabajos del hombre sobre el terreno que él cultiva, y no hay orgullo que resista, ni ciencia que se libre de esa dependencia. Y no es solo un sentimiento de modestia sobre lo que él mismo puede en su propio destino, lo que de ese modo se inculca al hombre; sino que aprende tambien á tener tranquilidad y paciencia; porque no podria figurarse que á fuerza de invenciones y movimientos, corriendo sin descanso tras del buen resultado, habia de acabar por alcanzarlo: cuando ha hecho lo que depende de él para esplotar y fecundar la tierra, necesita aguardar y resignarse. Cuanto mas se penetra en la situacion que crean al hombre la propiedad y la vida rurales, tanto mas se descubre todo lo que hay de saludable para su razon y su disposicion moral en las lecciones y en las influencias que de ellas recibe.

Los hombres no se esplican estos hechos, empero tienen el sentimiento instintivo de ellos, y este instinto contribuye poderosamente á la estimacion particular que evidentemente hacen de la propiedad territorial y de la preponderancia que esta obtiene. Esa preponderancia es un hecho natural, lejítimo y saludable que toda la sociedad, especialmente en un gran pais, tiene inmenso interes en reconocer y respetar.

Lo que acabo de comprobar en la esfera de la propiedad, lo comprobaré igualmente en la esfera del trabajo. Es una gloria de la civilizacion moderna el haber comprendido y puesto en evidencia el valor moral y la importancia social del del trabajo, el haberle restituido la estimacion y el rango que le pertenecen; y si yo tuviese que investigar cual ha sido el mal mas profundo; el vicio mas funesto de esa antigua sociedad que ha dominado en Francia hasta el Siglo XVI, diria sin vacilar que fué el desprecio del trabajo. El desprecio del trabajo y el orgullo de la ociosidad, son signos ciertos ó de que la sociedad se halla bajo el imperio de la fuerza brutal, ó de que camina á su decadencia. El trabajo es la ley que Dios ha impuesto al hombre; con él desarrolla y persecciona todas las cosas que le rodean, y se desarrolla y perfecciona él mismo; el trabajo se ha hecho entre las naciones la prenda mas segura de la paz; y á pesar de tantas razones de solicitud, el respeto y la libertad de trabajo son los que pueden hacernos esperar mucho del porvenir de las sociedades humanas.

¿Por qué fatalidad la palabra trabajo, tan gloriosa para la civilizacion moderna, es hoy entre nosotros un grito de guerra y un manantial de desastres? Porque esta palabra encubre una mentira grande y deplorable. En la ajitacion suscitada en su nombre no se trata del trabajo, de sus intereses y de sus derechos; esta guerra que toma el trabajo por bandera, no se hace ni ha de convertirse en su favor; al contrario, se dirije y se convertiria infaliblemente contra el mismo trabajo, porque no puede menos de arruinarlo y envilecerlo.

El trabajo tiene sus leyes naturales y jenerales como la familia, como la propiedad y todas las cosas de este mundo, y en el número de esas leyes se hallan la diversidad y la desigualdad entre los trabajos, entre los trabajadores y entre los resultados del trabajo. El trabajo intelectual es superior al manual: Deseartes ilustrando á la Francia, Colbert fundando su prosperidad, hacen un trabajo superior al de los obreros que imprimen las obras de Descartes ó que viven en las manufacturas protejidas por Colbert; y entre estos obreros, los que son intelijentes, probos y laboriosos, adquieren lejítimamente, por su tratrabajo, una situacion superior á aquella en que languidecen los que son poco intelijentes, pere zosos é inmorales. La variedad de las tareas y las misiones humanas es infinita: en este mundo se halla el trabajo en todas partes, en la casa del padre de familia que cria sus hijos y administra sus negocios, en el gabinete del hombre de estado que toma parte en el gobierno de su pais, del majistrado que les administra justicia, del hombre científico que le instruye, del poeta

que le encanta, en los campos, en los mares, en los caminos, en los talleres; y en todas partes, entre todos los géneros de trabajo y en todas las clases de trabajadores, nacen y se perpetúan la diversidad y la desigualdad: desigualdad de grandeza intelectual, de mérito moral, de importancia social, de valor material. Esas son las leyes naturales, primitivas y universales del trabajo, tales como emanan de la naturaleza y de la condicion del hombre, es decir, tales como las ha establecido la sabiduria de Dios.

Contra estas leyes se hace la guerra que estamos presenciando; esta jerarquia fecunda establecida en la esfera del trabajo por los decretos de la voluntad divina y por los actos de la libertad humana es lo que se trata de abolir para sustituirle....qué?.... La decadencia y la r ina del trabajo y de los trabajadores. Examinad de cerca el sentido que tiene habitualmente la palabra trabajo en el lenguage de esa guerra antisocial. No se dice que el trabajo material sea el único trabajo verdadero; hasta se tributan de vez en cuando pomposos homenages al trabajo intelectual; pero se olvidan y se dejan á un lado la mayor parte de los trabajos variados que se ejecutan en todos los grados de la escala social, y solo se fija la atencion en el trabajo material, y es éste presentado incesantemente como el trabajo por escelencia, como aquel ante el que desaparecen todos los otros. En fin; se habla de una manera á propósito para alimentar en el ánimo de los obreros dedicados al trabajo material la

opinion de que su trabajo es el único que merece este nombre y posee sus derechos. Así, por una parte, se rebaja de nivel de las cosas, y por la otra se atiza el orgullo de los hombres; y cuando se trata de los mismos hombres, cuando se habla no ya del trabajo sino de los trabajadores, se procede de la misma manera y siempre por vía de depresion: atribúyense todos los derechos del trabajo á la calidad abstracta del obrero, é independientemente del mérito individual, y de ese modo se toma por base y por regla el trabajo mas comun, el último en la escala, subordinándole, es decir, sacrificándole todos los grados superiores y aboliendo en todas partes la diversidad y la igualdad en provecho de lo que hay de ínfimo y mas bajo.

¿Es esto favorecer ni siquiera comprender la causa del trabajo? Es eso avanzar ni siquiera perseverar en esa via gloriosa de nuestra civilizacion, en que el trabajo se ha engrandecido y reconquistado su rango? ¿No es, por el contrario, mutilar, envilecer, comprometer el trabajo, y quitarle sus hermosos títulos sustituyéndoles pretensiones absurdas y bajas á pesar de su insolencia? ¿No es, en fin, desconocer groseramente y torturar con riolencia, en la esfera del trabajo, los hechos naturales, los elementos reales y esenciales de nuestra sociedad civil, que, fundándose en la unidad de las leyes y la igualdad de los derechos, no ha pretendido ciertamente abolir la variedad de los méritos y los destinos, ley misteriosa de Dios en este mundo

y resultado indestructible de la libertad del hombre?

Dejo la sociedad civil; y entro en la sociedad política, en la que forma entre los hombres sus intereses, sus ideas, y sus sentimientos en sus relaciones con el gobierno del Estado. En esta quiero reconocer tambien con precision cuales son hoy en Francia los elementos reales y esenciales de la sociedad.

En un pais libre ó que trabaja por serlo, los elementos de la sociedad política son los partidos políticos: tomo la palabra partido en su mas estensa y elevada acepcion.

Legalmente, no hay hoy en Francia otros partidos que los inherentes á todo régimen constitucional: el partido del gobierno y el de la oposicion. No hay legitimistas; no hay orleanistas. Existe la república, y esta prohibe todo ataque contra el principio de su existencia. Este es un derecho de todo gobierno establecido, y yo no lo disputo ni pretendo derogarlo.

Pero hay hechos tan profundos, que las leyes que les prohiben salir á luz no los destruyen, aun cuando son obedecidas. Hay partidos que han tenido su orígen y hechado sus raices tanto tiempo antes de la sociedad, que no mueren aun cuando guarden silencio.

El partido legitimista es otra cosa mas que un partido dinástico, y aun que un partido monárquico; pues al mismo tiempo que es adicto á un princípio y a un nombre propio, ocupa, por sí mismo y por su propia cuenta, un vasto lugar

en la historia y en el suelo de la pátria. Representa lo que queda de los elementos que han dominado por largo tiempo en la antigua sociedad francesa, sociedad fecunda y poderosamente progresiva, porque fué en su seno donde se engrandeció á través de los siglos toda esa Francia que con tanta fuerza, ambicion y gloria se manifestó en 1789. La Revolucion francesa ha podido destruir la antigua sociedad francesa, pero no ha podido destruir sus elementos. Estos han sobrevivido á todos los golpes, han vuelto á aparecer en medio de todas las ruinas, y no solo subsisten todavía, no solo están presentes y son considerables en la nueva Francia, sino que es evidente que de dia en dia, de crisis en crisis, aceptan mas decidida y completamente el órden social y el régimen político que la Francia ha buscado; y á medida que los aceptan, entran y se elevan de nuevo en ellos, transformándose sin desdecirse.

Y el partido que ha querido formar la monarquía de 1830 y la ha sostenido por mas de diez y siete años, ¿se cree que ha desaparecido en la horrasca que ha derribado su edificio? Se le ha llamado el partido de las clases médias, y en efecto, esto es lo que era y lo que es aun hoy. El ascendiente de las clases médias, alimentadas incesantemente y reclutadas por toda la poblacion es, desde 1789, el hecho característico de nuestra historia. Estas clases no solo han conquistado ese ascendiente, sino que tambien lo han justificado; pues á través de los graves erro-

res en que han caido y que han pagado tan caros, han poseido y desplegado lo que, en difinitiva, forma la fuerza y la grandeza de las naciones. En todas las épocas, para todas las necesidades del Estado, para la guerra como para la paz, en todas las carreras sociales han subministrado ámpliamente hombres, generaciones de hombres capaces, activos y de acendrada adhesion que han servido á su pátria; y cuando en 1830 se la llevó á fundar una nueva monarquía, las clases médias han concurrido á esta dificil empresa con un espíritu de justicia y sinceridad política cuyo honor ningun acontecimiento puede quitarles. En despecho de todas las pasiones, de todos los peligros que las asaltaban, en despecho de sus propias pasiones, han querido sériamente y practicado el órden constitucional; han respetado y sostenido, en el interior, y para todos la libertad legal y viva à la vez; en el esterior y en todas partes, la paz activa y prospera. Yo no soy de los que desconocen y desprecian el poder de las afecciones en el órden público. No admiro, como grandes talentos y almas fuertes, á los hombres que dicen: "No tenemos ninguna predileccion por esta ó la otra familia; ningun caso hacemos de los nombres propios; nosotros tomamos ó dejamos las personas segun las necesidades y los intereses. "A mi entender, en ese lenguage y en lo que encubre, hay mucha mas ignorancia é impotencia política que elevacion de alma y sabiduría. Sin embargo, muy cierto es que serian unos partidos muy débiles y

muy vanos los que solamente fuesen adictos á nombres propios y no sacasen su fuerza mas que de las afecciones que las personas puedan inspirar. Pero ¿se cree por ventura que el partido legitimista y el partido de la monarquía de 1830, son unos partidos de esta naturaleza? ¿No es evidente, por el contrario, que son partidos salidos del curso general de los hechos, mucho mas que de su adhesion á las personas, partidos sociales á la par que políticos, y que corresponden á los elementos mas profundos y vivos de la sociedad en Francia?

En derredor de estos grandes partidos flota la masa del pueblo, adherida al uno ó al otro por sus intereses, por sus hábitos, por sus instintos honrados y sensatos; pero sin adhesion fuerte ni sólida, incesantemente atacada y trabajada por los comunistas, los socialistas y todas sus fracciones. Estos no son partidos políticos, porque no es un principio, un sistema especial de organizacion politica lo que ellos buscan y desean establecer. Atacar, destruir todas las influencias, todos los lazos morales ó materiales que unen las clases políticas, antiguas ó nuevas, al pueblo que vive del trabajo de sus manos; separar profundamente esta poblacion, aquí de los propietarios, allí de los capitalistas, allá de los ministros de la relijion, acullá de los poderes establecidos, cualquiera que estos sean; atraerla hácia ellos y dominarla en nombre de sus miserias y de sus apetitos, tal es todo su esfuerzo. toda su obra. Un solo nombre les conviene: el nombre de partidos anárquicos. No es tal ó cual gobierno, es la anarquia, la anarquia sola la que fomentan en el seno del pueblo. Hay, sin embargo, un hecho notable. Sinceros ó perversos, utopistas ciegos ó anarquistas voluntarios, todos estos perturbadores del órden social son republicanos. No porque amen ó soporten mejor el gobierno republicano que otro alguno. Republicano ó monárquico, todo gobierno regular y eficaz les es igualmente antipático. Pero esperan bajo la república armas mas fuertes para ellos, diques menos fuertes contra ellos. He ahí el secreto de su preferencia.

Recorro en todos sentidos la sociedad francesa, busco y compruebo por do quiera estos elementos verdaderos y esenciales. Llego por todas las vias al mismo resultado; reconozco por do quiera, en el órden político como en el órden civil, diversidades y desigualdades profundas; y ni, en el órden civil, la unidad de leyes y la igualdad de derechos, ni, en el órden político el gobierno republicano, pueden destruir esas diversidades y desigualdades, que se perpetuan ó reproducen en el seno de todas las legislaciones y bajo el imperio de todos los gobiernos.

Esta no es una opinion, un razonamiento, una congetura; son los hechos.

¿Cuál es el sentido, cuál la importancia de estos hechos? ¿volveríamos á hallar en ellos las antiguas clasificaciones de la sociedad? ¿les serian aplicables las antiguas denominaciones de la política? ¿habria una aristocracia en presencia de una democracia? ¿ó bien una nobleza, una clase media y la muchedumbre? Estas diversidades, estas desigualdades de las situaciones sociales y políticas, ¿formarian, tenderian á formar una sociedad gerárquicamente clasificada, análoga á las que ha visto ya el mundo?

No ciertamente. Las palabras aristocracia, democracia, nobleza, clase media, jerarquia, no corresponden exactamente á los hechos que constituyen hoy la sociedad francesa, no espresan estos hechos con verdad.

No hay, en desquite, en una sociedad nada mas que ciudadanos iguales entre sí, y nada de clases realmente diversas, ó solamente diversidades, designaldades sin importancia política? ¿Nada mas que una grande y uniforme democracia que busca su satisfaccion en la república, á riesgo de no hallar su reposo sino en el despotismo? Nada mas: una y otra asercion desconocerian igualmente el verdadero estado de nuestra sociedad. Es preciso sacudir el yugo de las palabras y ver los hechos tales como son en realidad. La Francia es muy nueva y está al mismo tiempo muy llena de pasado; bajo el imperio de los principios de unidad é igualdad que presiden á su organizacion, encierra condiciones sociales y situaciones políticas profundamente diversas y desiguales. No hay en ella clasificacion jerárquica, pero hay clases diferentes; no hay aristocracia propiamente dicha, pero hay otra cosa que democracia. Los elementos reales esenciales y distintos de la sociedad francesa, tales como acabo de describirlos, pueden
combatirse y enervarse; pero no podrian destruirse y anularse unos á otros; pues resisten,
sobreviven á todas las luchas en que se empeñan,
y á todas las miserias que recíprocamente se imponen. Su existencia es un hecho que no está
en su poder el abolir. Acepten, pues, plenamente este hecho, y vivan juntos en paz. La libertad como el reposo, la dignidad como la prosperidad, la grandeza como la seguridad de la Francia son á este precio.

¿A qué condiciones puede establecerse esta paz?

CAPITULO VI.

trada mas quo tine grande y es notive de notive

CONDICIONES POLITICAS DE LA PAZ SOCIAL EN FRANCIA.

Cuando se haya reconocido y admitido decididamente que las clases diversas que existen entre nosotros, y los partidos políticos que les corresponden, son elementos naturales y profundos de la sociedad francesa, se habrá dado ya un gran paso hácia la paz social.

Esta paz es imposible mientras que las clases diversas, los grandes partidos políticos que encierra nuestra sociedad, alimenten la esperanza de anularse mútuamente y de poseer ellos solos el imperio. Ese es, desde 1789, el mal que nos trabaja y trastorna periódicamente: ora pretendiendo los elementos democraticos estirpar el elemento aristocrático, ora intentando el elemento aristocrático ahogar los elementos democráticos y reconquistar la dominacion. Las constituciones, las leyes, la práctica del gobierno se han dirigido alternativamente como máquinas de guerra hácia el uno ó el otro designio: guerra á muerte en que ninguno de los dos combatientes creía poder vivir si su rival quedaba en pié delante de él.

El emperador Napoleon suspendió esta guerrra; reunió las antiguas clases dominantes, y fuese por la seguridad que les procuraba, fuese por el movimiento á que las arrastraba, ó bien por el yugo que les imponia, restableció y mantuvo la paz entre ellas.

Despues de él, desde 1814 hasta 1830 y desde 1830 hasta 1848, volvió á principiar la guerra.

Háse consumado un gran progreso: la libertad ha sido real; el antiguo elemento aristocrático y el democrático se han desplegado sin oprimirse mútuamente; pero no se han aceptado el uno al otro, y han trabajado con ardor en escluirse.

Y ahora ha entrado en la arena un nuevo combatiente; se ha dividido el elemento democrático; contra las clases medias se levantan las clases obreras, contra la bourgeoisie el pueblo. Y esta nueva guerra es tambien una guerra á muerte, porque el nuevo pretendiente es tan arrogante y